

ANÁLISIS

La crisis: Ni entendida ni resuelta

Cualquiera que hubiese sido el desenlace del conflicto que nos ha angustiado en las últimas semanas, la crisis no habría sido resuelta, ni con la destitución de "Mel", como en efecto no lo ha sido, ni con el triunfo que este buscaba.

Las ideas de que se trataba de un problema interno del Partido Liberal, o de la ambición continuista de "Mel", o de una conspiración de Chávez, eran elementos del problema. Pero tales ideas confundían las partes con el todo.

En la crisis desembocaron esos y otros problemas, dos de los cuales vienen gestándose desde antes del período democrático.

Uno es la pobreza generalizada, que ha coincidido con el deterioro económico y social de la clase media, acelerado desde las reformas económicas de 1990. El otro es la pérdida de liderazgo y legitimidad de los partidos y de los liderazgos políticos. El sistema político está al borde del colapso.

Si ambos fenómenos confluyeron en 1990, y se retroalimentaron desde entonces, es porque las reformas neoliberales trasladaron el costo de los ajustes a la clase media y volvió irrelevantes los auxilios sociales para los más pobres.

Los gobiernos, los políticos, y los empresarios beneficiados con aquellas reformas, dieron escasa atención a las consecuencias empobrecedoras de las medidas, que demandaban responsabilidad política y responsabilidad social empresarial.

Durante casi 20 años, mientras surgía la extrema riqueza, mientras los pobres eran orillados a la miseria y la clase media descendía a la pobreza, el sistema político ha demostrado crecientes grados de incompetencia y corrupción.

En ese ambiente podría haber ocurrido cualquier cosa, y debemos al temperamento sereno y moderado de nuestra sociedad que no haya habido confrontaciones callejeras ni violencia social, como sí ha ocurrido en la América del Sur, de donde, en la calle, surgieron los líderes que proponen redistribuir la riqueza ya construida, a cambio de quedarse para siempre en el poder.

Después de la Guerra Fría, los ambientes políticos mundiales han aceptado la idea de que, para salir del atraso, es necesario reformar las estructuras económicas y políticas, como proponía la izquierda, pero mediante procesos democráticos.

Tales procesos son lentos. Sin embargo, la experiencia de los países proponentes, sobre todo los europeos, es que los gobiernos de líderes providenciales y movimientos mesiánicos, de cualquier signo, siempre llevan a la autocracia, a la corrupción y a la represión, y no son sostenibles en el largo plazo.



Roger Marin Neda

Un gran pacto social, una reforma integral de la Constitución que, sin modificar los artículos pétreos, induzca cambios concertados, es en este mismo momento una acción impostergable.

Las aperturas políticas mundiales cedieron espacios a las izquierdas dentro de las democracias formales, para llegar al poder e impulsar cambios, para aliarse con otros en plataformas políticas de reforma, siempre que respeten la ley y las reglas del sistema democrático.

Pero no es válido instalarse en la democracia, y aprovechar sus oportunidades, para conspirar contra ella desde adentro, como si el sistema legal no valiese más que como medio para apoderarse del poder, o retenerlo contra Constituciones y leyes.

Es ingrediente oportunista de algunas falsas izquierdas malogradas posibilidades de mayor apertura democrática para cambios más profundos, genuinos y sostenibles.

Si "Mel" hubiese dedicado el tiempo y los recursos que derrochó en su cuarta urna, para promover desde su gobierno las reformas que pregonaba, la opinión pública y las masas le habrían respondido, y le habrían apoyado contra toda resistencia, sin necesidad de violar la ley.

Un programa reformista, que debiera dotar a la gente de recursos y oportunidades para responsabilizarse de su progreso y de su destino, para que la persona sea sujeto del desarrollo y no objeto pasivo del paternalismo autoritario, un programa así requiere paz y democracia.

Cuanto ha ocurrido entre nosotros no puede ser motivo de celebración, ni debe ocultarnos la realidad. La crisis está ahí, en espera impaciente. Ha pasado a una nueva fase, que podría ser más peligrosa, porque la economía, paralizada, sufrirá más perjuicios que agudizarán la pobreza y el descontento social.

El nuevo gobierno no tiene más que dos opciones: hacer mejoras superficiales, y provocar otra frustración general, o convocar a la nación para enmendar errores, reorientar la política, abrir espacios participativos para las mayorías, reestablecer a la clase media, reformas que debieran ser consagradas en la Constitución.

Un gran pacto social, una reforma integral de la Constitución que, sin modificar los artículos pé-

treos, induzca cambios concertados, es en este mismo momento una acción impostergable.

A nadie convencerá el nuevo gobierno si no convoca de inmediato, sin exclusiones, prejuicios ni condiciones, a los liderazgos políticos, sociales, empresariales y gremiales.

Y también deberían estar en la mesa los sectores sociales marginados, cuyas necesidades e intereses han sido ignorados por la democracia política; cuyas carencias y penurias han querido ser disimuladas por las dádivas de los programas de asistencia social.

Es infortunado que, en una situación tan crítica, los candidatos presidenciales desempeñen un papel deslucido, casi oculto, como si esperasen a que la sociedad resolviera el problema y a ellos no les toque más molestia que esperar el conteo de votos en noviembre.

No es así la democracia. Y en no menor medida, esa clase de actitudes ha deslegitimado a los partidos y a los liderazgos políticos. Es de esperar que los candidatos se sumen al esfuerzo colectivo para dar dirección y sentido a la vida nacional en momentos tan azarosos.

Forzar los momentos de cambio, más allá de sus posibilidades históricas, termina por malograrse los esfuerzos ya realizados, por perder lo ya conquistado y por provocar la reacción de los sectores más conservadores y atrasados de la sociedad.

Sin embargo, aplastar los intentos de reforma provocaría mayores confrontaciones. El que algunos hayan extraviado el sentido, el propósito y el camino de la democracia, no debiera tentar a emprender la ruta contraria.

Todas las tendencias políticas e ideológicas son indispensables para combatir la pobreza y la desigualdad. Al final, la inclusión social, guiada por la prudencia y la sensatez, debiera inspirar la transformación de Honduras. Concertar sin excluir, con valor y compromiso, es la tarea histórica del momento. ■